

*En las exequias de
Rafael Caldera*

*En las exequias de
Rafael Caldera*

En la madrugada del 24 de diciembre, un mes justo antes de cumplir noventa y cuatro años de edad, falleció en Tinajero —su residencia en Caracas desde hacía más de cuatro décadas— Rafael Caldera. Su largo combate con el mal de Parkinson y con las secuelas que éste puede traer, llegaba a su fin. En la enfermedad, como a lo largo de su vida, dio ejemplo de gran paciencia, voluntad de lucha y constancia de ánimo. El mal que paralizó su cuerpo no lo privó de su lúcida inteligencia, que conservó hasta el final. Se fue de este mundo, como pudo decir, en la fe de sus padres, la fe de la Santa Iglesia Católica, y con el deseo de que Venezuela pueda vivir en libertad, con una democracia verdadera donde se respete la dignidad de la persona y los derechos humanos.

Dos veces Presidente de la República por elección popular, le correspondía recibir en sus exequias tratamiento de Jefe de Estado. No hubo para él honores oficiales. No podía recibirlos de parte de un gobierno que deshonra de continuo los valores de nuestra historia y que representa lo contrario de la lucha de su vida por la democracia, la libertad, la justicia social, la paz y el Estado de Derecho.

Su cuerpo fue velado en el Instituto de Formación Demócrata Cristiana Arístides Calvani, como un signo del compromiso de toda su vida. Acompañado de sus familiares y de amigos venidos de diversas partes del país y del exterior; con múltiples testimonios de afecto por parte del pueblo venezolano sencillo al que quiso servir en su dilatada carrera política, sus exequias fueron las de un hombre justo y bueno.

En esta breve publicación se recogen sus palabras de despedida, así como el último mensaje que tuvo ocasión de preparar, junto con los discursos pronunciados en su entierro: la elocuente epístola de Asdrúbal Aguiar Aranguren; la homilía del Cardenal Jorge Urosa Savino en la misa de cuerpo presente celebrada en la Iglesia de Santa María Eufrosia, Obra del Buen Pastor; las palabras del Arzobispo-Obispo Ovidio Pérez Morales en la Capilla del Cementerio del Este para despedir sus restos. Cierran el conjunto las palabras de Andrés Caldera Pietri ante la tumba abierta de su padre, último homenaje filial a la memoria de este gran venezolano.

Caracas, enero de 2010

DESPEDIDA

Rafael Caldera

Llamado por Dios a dejar este mundo, como es destino de todo ser humano, deseo para mi Patria aquello por lo que tanto he luchado.

Quiero que Venezuela pueda vivir en libertad, con una democracia verdadera donde se respeten los derechos humanos, donde la justicia social sea camino de progreso. Sobre todo, donde podamos vivir en paz, sin antagonismos que rompan la concordia entre hermanos.

Procuré tener el corazón cerca del pueblo y me acompañó siempre el afecto de mucha gente.

He tenido adversarios políticos; ninguno ha sido para mí un enemigo.

He intentado actuar con justicia y rectitud, conforme a mi conciencia. Si a alguien he vulnerado en su derecho, ha sido de manera involuntaria.

Asumo con responsabilidad mis acciones y mis omisiones y pido perdón a todo aquel a quien haya causado daño.

Me voy de este mundo en la fe de mis padres, la fe de la Santa Iglesia Católica.

Creo en Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo; creo en Jesucristo, Nuestro Señor, Dios y hombre verdadero. Creo en el perdón de los pecados, la resurrección de la carne, la vida eterna.

A la Virgen Santísima, Nuestra Madre, acudo ahora, como tantas veces a lo largo de los años: ruega por nosotros, pecadores, en la hora de nuestra muerte.

Pido a mis hijos especialmente que cuiden a Alicia, aquejada por una grave pérdida de memoria que le impide valerse por sí misma.

Dios bendiga a Venezuela y nos abra el camino del desarrollo en libertad, justicia y paz.

MENSAJE

Rafael Caldera

1

Al término de una extensa parábola vital, puedo decir que he sido un luchador. Desde mi primera juventud, cuando Venezuela salía de la larga dictadura de Juan Vicente Gómez, hasta comienzos del siglo XXI, mi meta ha sido la lucha por la justicia social y la libertad.

Dos veces me tocó servir al país como Presidente constitucional y las dos fue mi primer empeño el que en mis manos no se perdiera la República. El pasado autocrático del país, su propensión militarista, los extremismos de la izquierda y las desigualdades sociales heredadas conspiraban contra el fortalecimiento de la vida democrática iniciada en 1958.

Los líderes civiles luchamos durante largos años por construir en Venezuela una república democrática. Un país donde la presencia activa del pueblo en la decisión de los asuntos públicos se viera asegurada por la elevación de las condiciones de vida, el respeto a los derechos y la educación de los ciudadanos. Un país donde la firmeza de las instituciones acrecentara la separación de los poderes públicos y el imperio de la Constitución y las leyes.

2

Es necesario retomar hoy esa lucha para sacar a la República del triste estado en que la ha sumido una autocracia ineficiente. Es

preciso detener el retroceso político que sufrimos y poner remedio a la disgregación social.

Me siento obligado a repetir algo que pude decir hace años. El reto —decía— que enfrenta Venezuela podría sintetizarse en los objetivos fundamentales a lograr:

La paz política y social, para superar la angustia y la zozobra y para encontrar convergencia fecunda a la pluralidad democrática.

La promoción del hombre, a través de la libertad, para realizar la justicia.

El desarrollo económico y social, para impulsar la marcha vigorosa del país y vencer la marginalidad.

Por eso este mensaje constituye una reafirmación de fe democrática.

Representa la vigencia de las ideas que alentaron el surgimiento de los partidos demócrata cristianos, ideas y principios que marcan un rumbo claro y justo.

De nuevo presenciamos cómo se combaten los extremos del liberalismo económico y el socialismo colectivista. Y de nuevo hemos constatado el fracaso de ambas posturas. Vemos el mundo sumido en una grave crisis económica, fruto de un capitalismo que quiso eludir toda forma de control. Vemos en la América Latina la propaganda de nuevas manifestaciones de socialismo, que sólo han traído dictadura y miseria allí donde han sido gobierno, como en la hermana nación cubana.

Encuentro, además, ahora una ocasión de esperanza. Esperanza apoyada en los ideales que nos alimentan y que toma cuerpo en la nueva juventud de la patria.

3

Ha sido larga la lucha por la libertad y la democracia. Esa lucha debe continuar. No cabe duda de que la democracia constituye la forma política más apta para garantizar y realizar la libertad. Pero aparte de su contenido sustancial, la democracia se reviste de formas, que aparecen como insustituibles, para expresar la voluntad del pueblo y permitir el libre juego de opiniones. El sufragio universal, la representación mediante el parlamento de la voluntad general, la existencia de partidos políticos, el régimen pluralista de corrientes y su expresión a través de los medios de comunicación social, viene a ser, si no la esencia misma, por lo menos la arquitectura para que la democracia se organice y funcione, el conjunto de medios prácticos para que opere un régimen político alimentado por la libertad.

Pensar que puede lograrse el desarrollo sin libertad, o a costa de la libertad, es olvidar que el desarrollo no tiene sentido si no es capaz de promover al hombre. Ni siquiera en su aspecto material es aceptable la posibilidad, porque un desarrollo material sin libertad sería incapaz de realizarse según un programa integrado, equilibrado y armónico, si a los puros objetivos materiales de aumentar la producción de bienes o transformar los sistemas productores, no los guían consideraciones de justicia, capaces de llevar su beneficio a todos los sectores y grupos de la sociedad.

Un gran aliento de libertad será el motor para la promoción del hombre. Creo en la libertad como la mejor condición de ascenso humano. No olvidemos las hermosas palabras de Albert Camus, testimonio de toda una generación: “La libertad es el camino y el único camino de la perfección. Sin libertad, se puede perfeccionar la industria pesada, pero no la justicia o la verdad”.

4

La democracia que hemos defendido es una democracia con sentido social. Una democracia donde se valore y se proteja el trabajo, pieza fundamental de la civilización.

Una sociedad democrática que enaltezca la familia, célula de la vida social. Por eso un gran empeño nuestro fue siempre la construcción de viviendas, a todo lo largo y ancho del territorio nacional, para dotar de hogares a tantas familias venezolanas que tenían derecho a aspirar a un futuro mejor.

Una sociedad volcada en la educación de las nuevas generaciones, no sólo para vencer el analfabetismo ancestral sino para desarrollar los niveles de educación superior que nuestro país requiere en el manejo de sus propios recursos. Si no somos capaces de formar, de capacitar, de darle sentido de seriedad, de trabajo, de responsabilidad y de técnica a las generaciones universitarias estaremos comprometiendo, irremediablemente, la verdadera soberanía nacional.

Hemos luchado también por la integración de nuestros países latinoamericanos, meta hacia la cual hemos procurado dar pasos firmes, a pesar de las dificultades antiguas y recientes.

Nuestra lucha ha sido siempre por la paz, convencidos de que ella es fruto de la justicia y el mayor bien que puede alcanzarse en la vida social.

5

Hoy tenemos que decir sin embargo que nuestro gran desafío sigue siendo el desarrollo de nuestros pueblos.

Un desarrollo sustentable, con atención a las condiciones y recursos del medio ambiente. Un verdadero desarrollo, fundado en las personas y respetuoso de su dignidad.

He sostenido al respecto que los cambios deben afectar a las *estructuras* sociales pero para renovar y fortalecer las *instituciones*. Las instituciones representan o deben representar lo permanente; no lo permanente inmutable —porque la inmutabilidad en los hechos humanos conduce al anquilosamiento y a la muerte— sino lo permanente dinámico, continuamente renovado. Las estructuras en cambio representan lo contingente, la disposición de los elementos dentro de la vida institucional y han de ser ajustadas y modificadas para que cumplan su función. Por eso hay cambio y hay revoluciones.

En América Latina se ha usado y abusado del término “revolución” hasta el punto de que los pueblos se van tornando escépticos ante su reiterada invocación. En esta nueva encrucijada decisiva hay que tener bien claro qué es lo que debemos cambiar y cuáles son las metas que tenemos que alcanzar. Destruir por destruir no vale.

La conciencia de la comunidad está predispuesta contra esos sacudimientos revolucionarios que, en definitiva, conducen a acentuar el atraso y que, a vuelta de diversas peripecias, llevan a aumentar la dependencia.

Las nuevas generaciones, por su parte, anhelan lanzarse a la conquista de la tecnología, al dominio efectivo de los recursos naturales, a la integración armónica que dé a nuestras naciones entidad suficiente para no estar sujetas al capricho de las grandes potencias. En suma, aspiran a una revolución tan diferente de las revoluciones tradicionales que envuelva, si se permite el juego de palabras, una concepción revolucionaria de la revolución.

El instinto certero de las masas desconfía de la revolución sin libertad, de la revolución que menosprecia la libertad, de la revolución que amenaza con extinguir la libertad. Porque la libertad, si no significa por sí misma la plenitud de la liberación, es el presupuesto de la liberación, es el instrumento para obtenerla.

6

Queremos la libertad para lograr la justicia y ejercer la solidaridad humana. Muchas veces he recordado que la Declaración de Filadelfia, en la Conferencia Internacional del Trabajo de 1944, en pleno conflicto mundial, dijo: así como la guerra, en cualquier parte, es una amenaza para la paz de todo el mundo, asimismo la miseria en cualquier país de la tierra es una amenaza ineludible para la prosperidad y el bienestar en todos los países.

En el programa del partido COPEI en 1948, reclamamos “la aplicación de los principios de la Justicia Social, que implican la defensa del más débil, en el campo de las relaciones económicas internacionales”.

Al transcurrir el tiempo, la meditación en el problema y el enfrentamiento de soluciones concretas me fue llevando más y más a una constante y decidida convicción en favor de la Justicia Social Internacional.

He señalado el hecho de que todos los esfuerzos por la justicia social dentro de cada país se estrellan ante las dificultades derivadas de la falta de justicia social en las relaciones internacionales. No se trata solamente de que se establezca un nuevo orden económico internacional; se trata de que ese nuevo orden arranque de la convicción de que todos los pueblos deben contribuir al bien común internacional mediante el cumplimiento de los deberes que la justicia social exige.

En su Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz, el Romano Pontífice ha recordado al mundo que “la lucha contra la pobreza necesita hombres y mujeres que vivan en profundidad la fraternidad y sean capaces de acompañar a las personas, familias y comunidades en el camino de un auténtico desarrollo humano” (n. 13). “Por sí sola —añadía—, la globalización es incapaz de construir la paz, más aún, genera en muchos casos divisiones y conflictos. La globalización pone de manifiesto más bien una necesidad: la de estar

orientada hacia un objetivo de profunda solidaridad, que tienda al bien de todos y cada uno. En este sentido, hay que verla como una ocasión propicia para realizar algo importante en la lucha contra la pobreza y poner a disposición de la justicia y la paz recursos hasta ahora impensables” (n. 14).

7

Necesitamos, para ello, un resurgimiento de los partidos políticos. A veces, el lenguaje contestatario de las estructuras políticas de la democracia formal se concentra en un ataque severo contra los partidos políticos. Se llega a oír la afirmación de que los partidos están llamados a desaparecer, para ser sustituidos por otras formas de organización social. Pero los partidos son necesarios como instituciones de formación y de expresión de los programas políticos, como vehículos para establecer en doble vía la comunicación entre pueblo y gobierno y entre gobierno y pueblo, como estructuras indispensables para llevar en la vasta extensión del país una aspiración armónica y establecer una coordinación jerárquica entre las diversas partes que concurren a la vida común.

Ningún otro tipo de asociación puede llenar este papel; y si se crea, con otro nombre, un organismo para sustituir al partido, pronto se verá —sea cual fuere el nombre que adopte— que en definitiva lo que ha surgido es un partido más: con frecuencia sin las virtudes, pero con los defectos que al partido se achacan.

Los propios regímenes políticos que niegan el pluralismo ideológico y establecen una organización estatal a base de una exclusiva concepción doctrinaria, no niegan la existencia del partido sino su multiplicidad, y caen en el sistema de partido único, oficial y totalitario.

No habrá sin embargo resurgir de los partidos sin una verdadera calidad humana de sus dirigentes.

Nuestros pueblos volverán a valorar las soluciones propuestas por la Democracia Cristiana en la medida en que la línea seguida por quienes la propugnan sea capaz de interpretar a la gente sencilla, hablar un lenguaje directo hacia su corazón e inspirarle confianza en su rectitud de intenciones, en su convicción sinceramente vivida de que hay que realizar la justicia y la solidaridad social.

8

Hemos de abrir caminos a la esperanza.

Tenemos una larga lucha por delante. La lucha es hermosa cuando la guía un ideal. Por eso la nuestra —que creemos en la persona humana, su libertad, la solidaridad y la justicia social— no aminora sino más bien alimenta la alegría, esa alegría interior que constituye la mayor fuerza para la constancia y predispone al éxito.

En mi larga vida de luchador, he tenido la oportunidad de ver altos y bajos en el camino de los pueblos de América Latina. Me llena de esperanza para el porvenir de nuestra nación la conciencia clara de que hay una nueva juventud que lucha por la libertad y quiere cambiar los actuales rumbos negativos.

Contamos con la ayuda divina, *el don de la gracia*, que viene de Dios, como recordaba el venerado Papa Juan Pablo II. Por medio de ella —nos dijo—, en colaboración con la libertad de los hombres, se alcanza la misteriosa presencia de Dios en la historia que es la Providencia (*Centesimus annus*, n. 59).

Al final, el tiempo de nuestra vida, intensamente vivido, también con el sufrimiento que marca el destino de todo hombre en esta tierra, está en manos de Dios. A su infinito amor y misericordia me confío.

EPÍSTOLA A RAFAEL CALDERA

Asdrúbal Aguiar

Mi querido Presidente:

Atiendo el honroso y obligante encargo de sus causahabientes en la sangre para hablar acerca de Usted frente a sus restos y ante el país. Pero prefiero, Presidente, hablar con Usted.

¡Y es que no lo imagino ausente! Lo siento vivo, ahora como nunca antes, puesto que lo miro y a los venezolanos nos cabe mirarlo desde el corazón, con el pensamiento, en su ganada intemporalidad y a la luz de sus ejemplos de vida.

Goza Usted, como un regalo providencial y del Niño Jesús, de la serenidad y el reposo que tanto merece.

Hoy me dirijo a Usted en tono epistolar.

Pongo de lado el intento de elegía, porque llorarlo le resta sentido al sentido mismo de su vida. Sólo se llora sobre la esterilidad.

Sus trazos, su hacer y su fecundo caminar por los laberintos de esta patria hoy adolorida, rota en los afectos, dejan hendidura profunda. Las polvaredas, los ánimos encrespados de los años y de los días más recientes no logran ocultarla ni tirarla en el desván de la historia.

Su devoción por Venezuela, en especial por sus trabajadores y quienes son víctimas de la exclusión social y afectiva, lo llevan a entregarle a ella todas las horas de su vida. Sin regateos. Usted no

le da tregua al descanso, ni alega el derecho a la jubilación. Lo digo con palabras de Su Santidad Benedicto XVI: su vida ha estado hecha para el don, *Caritas in veritates* es la regla de su accionar como hombre, como padre, como maestro, como académico, como estadista, como líder y emblema genuino de la Venezuela posible.

Su labor como artesano de ciudadanía y sobre el cuerpo de la Nación, nos impone a las generaciones de esta hora mirar con ánimo menos trágico el porvenir.

Al hablarle, Presidente, lo hago con palabras mías, pero completo mis palabras con las suyas que ya no son suyas sino de su pueblo, y parte sustantiva del museo de nuestra memoria.

Los primeros pasos de su existencia los aprecio sin apostillas. De esos y de los otros que le siguen puedo decir que son tozudamente coherentes, consecuentes todos a uno. Su tiempo de siembra y de recolección, al exprimirlos, muestran cabalmente el tenor de su compromiso como servidor.

¡Y es que Usted rompe con el molde de la trivialidad, del día a día que se hace a puñetazos y que nos hace presa a la mayoría de sus compatriotas!

Usted descubre la vida y la proyecta con notas de armonía, sin ceder jamás a los principios: esos que toma en préstamo de las enseñanzas de la Iglesia y que luego hace sustantivos a su quehacer político. Por lo mismo, es Usted un hombre de carácter, pero no de mal carácter. Predica con el ejemplo. Construye con empeño denodado. Por sobre todo, atesora y cuida como líder ese bien que otra vez, por un sino de nuestra historia de Caínes, tanta falta nos hace en esta hora crucial: el espíritu de la concordia.

Estoy persuadido, al hablar con Usted y dada la razón que nos reúne, de sus palabras dichas en 1948 a propósito de las Bodas de Plata episcopales del Arzobispo de Caracas y Primado de Venezuela, Lucas Guillermo Castillo. Dice Usted, refiriéndose a otros tres pastores que acompañan al eximio prelado y se le adelantan

en su tránsito hacia la Ciudad de Dios, que “no son maitines impregnados de tristezas los que hay que entonar, porque triunfaron sobre la indiferencia, la incredulidad y el egoísmo”. Es su caso, Presidente.

Quiero hablarle, Presidente, de su andar y desandar como maestro de generaciones, como forjador de ideas y de criterios y, sobre todo, como enemigo de la inconstancia y de la inconsistencia; en defecto de lo cual no pudiera citar como uno de los parteros fundamentales de nuestra República democrática, en fin, como el artesano civil de la paz venezolana en el siglo XX.

Lo veo a Usted en la distancia, con el pie montado sobre su tierra yaracuyana de caquetíos a comienzos de nuestro siglo pasado, doblegado entonces por la muerte prematura de su madre a quien hoy reencuentra sobre los espacios infinitos.

¡Qué Venezuela ganada para el tedio, Presidente, donde la noticia relevante es la donación hecha a un equipo de béisbol o la actuación de la Banda Gómez, por las noches, insuflándole vida a su querida San Felipe! Es cuando la Junta Explotadora de Occidente recorre las comarcas de su pueblo para el trazado de las primeras vías de comunicación. Y razón tiene Usted, por ello, cuando al paso de casi seis décadas de su vida nos dice a los venezolanos, en 1975, que quien “no aspire a más de lo posible nunca podrá realizar todo lo posible”.

Viene a mi memoria el emocionado recuerdo de uno de sus hijos —el menor, Andrés— quien al presentar el proyecto de la Escuela de Gobierno que en justicia habrá de llevar su nombre, reseña su estadía en la Escuela Padre Delgado. Y cuenta que Usted, “Toño”, ayuda desde ya a sus imberbes condiscípulos para que comprendan las primeras lecciones. ¡Ser útil le viene como herradura a su Ser!

Llegada su juventud y la búsqueda agónica de vientos y de huracanes para combatirlos, para darle un giro a la realidad agreste que deja atrás, en su equipaje viaja el recuerdo de sus compañeros de aula y con éstos el recuerdo de los hijos todos de su pequeña co-

marca. En ellos ve a los venezolanos de su tiempo. Es un tiempo en el que todo está por hacerse en Venezuela.

“Yo vine a Caracas de niño”, son sus palabras, a las que siguen estas: “Deberé decir, más bien, me trajeron, aunque ya con alguna edad suficiente para darme cuenta de los hechos y recordar que de San Felipe a aquí tuvimos que hacer dos días de viaje: tomando el ferrocarril Bolívar en mi ciudad natal, llegando en horas del mediodía al Puerto de Tucacas, embarcando en Tucacas para Puerto Cabello en uno de los barquitos que se llamaban San Felipe y Barquisimeto”.

Al hilo —¡cómo olvidarlo!— nos narra Usted una y otra vez sobre esos barquitos: el “Barquisimeto más pequeño pero de acero, el San Felipe un poquito más grande pero de madera, y los dos dotados de la condición de mover terriblemente las vísceras de todos los pasajeros”.

La remezón sobre su caja de huesos, por su audaz y juvenil travesía hacia la Capital, son un anticipo de la otra odisea que le espera a la vuelta de la esquina. “Ha de pasar grandes trabajos en el ponto —puede decir de Usted el mismo Homero— antes de volver a la patria tierra” como lo hace en esta hora.

¡Pero es que a diferencia del personaje de la tragedia, Presidente, Usted viaja a Caracas, ¡he allí la diferencia!, sin alma de desdichado. Llega a la cuna del Padre Libertador tocado por una fuerza incontenible, que jamás le permite desfallecer.

Caracas le toma de manos. Le empuja hacia todos los costados del país que gobierna más tarde y por dos veces, como Presidente de la República. Y por el que trabaja, por el que no deja de trabajar incluso en este día, porque el tiempo de las ideas fecundas —que siempre es el suyo— es el no tiempo de lo inmaterial.

“Llego en la noche a Puerto Cabello —prosigue Usted con su relato— para pernoctar en el Hotel Universal o en el Hotel de los Baños, para seguir al día siguiente en tren hasta llegar a Caracas

por la tardecita, guardando entre estos recuerdos pintorescos el de las empanadas en Las Mostazas y el de los coches de caballos que nos esperaban en la estación de Caño Amarillo”.

La impresión que le causa la primitiva ciudad de San Francisco mudada en Santiago de León de Caracas, es tanta que de ella se enamora y la cultiva. Y tal es el impacto que le ocasiona, que a ella le canta Usted Presidente con los versos en borrador del mismo Andrés Bello, su modelo de vida intelectual:

*Oh montes, oh colinas, oh praderas
amada sombra de la patria mía,
orillas del Anauco placenteras,
escenas de la edad encantadora
que ya de mí, mezquino,
huyó con presta, irrevocable huida,*

Esta Capital, Caracas, la providencial, a la que Dios —son sus palabras Presidente— hace “carne de su carne y sangre de su sangre”, ahora lo despide. Y también lo conserva para fundirlo entre sus raíces. Para hacerlo fruto vivificador y alimento propicio para el día en que la malquerencia abandone de nuevo a las faldas del Ávila majestuoso. Para cuando a Caracas le sea devuelto su donaire y le quede asegurado su destino irrevocable, como es su aspiración. Ya habremos de hablar otros llegado el momento. Y a buen seguro lo honraremos con el mismo cariño que le brindan Usted y Doña Alicia, su “compañera de vicisitudes”, su “socia —como lo confiesa Usted— en la aportación de seis venezolanos al capital humano del país”.

En Caracas Usted cursa sus estudios de bachillerato con los “viejos jesuitas”. Aquí y con ellos se hace de la consigna de la excelencia y del mérito, mostrándola real y posible para luego mostrársela como alternativa cierta a un país entonces taimado, hecho de medianías que ahora intentan regresar por sus fueros.

En ese tiempo “Venezuela [está] encerrada herméticamente, con un Gobierno primitivo y simplista, irreductible en sus elementales

y salvajes procedimientos, incapaz de ponerla a tono con el tiempo”, según leo en su obra casi póstuma *Los Causababientes*, que me ayudan a comprenderlo a Usted en su hora inaugural y juvenil.

Ingresa Usted como estudiante de leyes a la Casona de San Francisco, sede de la Universidad de Caracas, en un interregno de fragor que no se resiste a la paz armada ni a la paz de los sepulcros. ¡Cómo olvidar Presidente, el día en que me narra la anécdota de la ancianita de Pozo Salado. Viajaba yo a la UNESCO para representarlo en una reunión sobre la paz mundial. Fea, tuerta y coja, la ancianita se llama Paz y a propósito de ella, el educador tocuyano, don Egidio Montesinos, de quien es discípulo su padre adoptivo, Tomás Liscano, le machaca a sus alumnos: Muchachos, no lo olviden, ¡paz, aunque sea la de Pozo Salado!

Pero a su generación no le basta la paz gomera, porque no es hija del diálogo fecundo ni resulta del acre combate por las ideas, en un ambiente de fresca libertad. ¡Y es que la Venezuela de su tiempo se suelta el corsé, Presidente, y ello explica, incluso, su debate personal como líder estudiantil frente a los líderes de los estudiantes universitarios miembros de la Federación de Estudiantes y agresores de los jesuitas!

La refriega cívica hace posible que Usted, junto a Pedro José Lara Peña y otros más funden la UNE, y seguidamente la Liga de Defensa Nacional, en una hora en que las ideas comunistas tocan a nuestras puertas. Se inicia, como atisbo de la experiencia democrática por venir, el deslinde en el pensamiento. Emerge éste en sus expresiones plurales hacia el país.

El sentido de la Justicia y de la misma democracia, como Usted nos lo enseña, se niega a los extremismos. Usted nos lo muestra con su ejemplo, cuando al caer Eutimio Rivas en medio de la refriega del 11 de febrero de 1937, no se deja atrapar por la crispación de ánimo que hace presa de la Federación de Estudiantes. Protesta la acción policial trágica, por llegada a petición de las autoridades universitarias encabezadas por el Rector Salvador Córdoba; pero a

la vez es firme y ecuánime, lo recuerda alguna vez su amigo René De Sola, al salvar las responsabilidades de sus adversarios de la misma Federación por el trágico desenlace. “La idea de la subordinación de la conducta política a las normas éticas, el repudio de la dicotomía en la conducta”, es su mensaje preciso. Así lo leo en su librito —como lo llama Usted— *Especificidad de la Democracia Cristiana*.

¿Se acuerda, Presidente, del tiempo en que Usted y Jóvito Villalba, reunidos con el Presidente López Contreras, le reclaman apertura democrática? López, lo cuenta su secretario, Amenodoro Rangel, espeta al final de la tertulia: “Hoy sí me han hecho doler la cabeza estos muchachos.”

“Desaparecidos los viejos partidos de las aulas universitarias —lo expreso con sus mismas palabras— surgían las posiciones ideológicas que se transformarían en movimientos y partidos que competirían más adelante por imprimir su orientación a la República... Gente como yo que no había conocido otro régimen que el despotismo..., comprometimos nuestras vidas al objetivo de que el país fuera gobernado democráticamente”, concluye.

Frisa los 25 años cuando su aguda voz se hace sentir luego en el parlamento. Se debate y aprueba el Tratado de Límites con Colombia, firmado por López y ratificado por su sucesor, el General Medina Angarita. Usted lo juzga hecho de buena fe, pero perjudicial para Venezuela. Pero lo que importa es la enseñanza de su protesta.

La defensa de nuestra soberanía y su integridad territorial son deberes que han de asumirse con convicción, sin imposturas ni estridencias. Usted, con la palabra y el testimonio nos muestra que los intereses de la República nunca deben comprometerse en la mesa de las ambiciones personales o políticas. Asimismo, nos lo enseña, en 1969, al declarar que ve “con angustia la idea de que el planteamiento de nuestro derecho a una reivindicación territorial conduzca a una situación de enemistad, de odio, de antagonismo

entre dos colectividades humanas que han de buscar caminos para el común desarrollo y bienestar del Continente”.

Tres décadas más tarde, tiene Usted el tino de abrir los espacios para el diálogo con Guyana, sin renunciar ni debilitar a nuestra postura nacional en El Esequibo, fijándole cauces estratégicos para su solución práctica y equitativa. Mantiene, en igual orden, una acertada y muy firme gestión en la defensa del Golfo de Venezuela, sin horadar el respeto que a Usted le profesa Colombia de modo constante. Y otro tanto hace al fortalecer las relaciones con Brasil, en una acción paralela para que sean manos venezolanas las realizadoras de nuestra Conquista del Sur.

¡Usted, Presidente, abraza a Venezuela entera y la cuida como la mejor de sus prendas! Los venezolanos nunca dejamos de ser su primera prioridad.

Cuando la mayoría de los actores venezolanos se mira en el Estado y en su República Militar, Usted observa y se ocupa de la fragua nuestra sociedad, apenas en cierne. Descubre que tras el rótulo oficial y de los cuarteles medra el hombre y la mujer comunes, cuyas dignidades son preteridas y explotadas. De allí que insista, no sin ser víctima de ataques falaces, que la idea del Bien Común —en lo interno y en lo internacional— implica que al vivir los hombres dentro de una sociedad organizada, ésta ha de asumir la responsabilidad “de crear y mantener las condiciones adecuadas, para que cada una de las personas que la integran y cada uno de los grupos sociales que en su seno actúan puedan lograr en forma conveniente la satisfacción de sus necesidades... y su propio perfeccionamiento”.

Al venezolano lo entiende Usted como centro y meta de su compromiso. Y por reconocernos en su igual dignidad, no nos usa ni nos manipula. Es explicable, así, que bajo inspiración de la doctrina social de la Iglesia dedique su mejor esfuerzo intelectual y universitario, y luego como gobernante, a la defensa y el reconocimiento pioneros del derecho de los trabajadores. Y que a la sazón le dé a Venezuela su primera legislación social y le obsequie, como

prueba de fidelidad, su obra sistemática y pionera de Derecho del Trabajo.

No paso por alto, Presidente, la copia de la carta que Usted me envía a Buenos Aires hace poco, escrita desde Buenos Aires para Usted en enero de 1940 por el eminente laboralista Alejandro Unsain. Le dice éste, a propósito de su tesis doctoral, que conociendo todo lo escrito desde México hasta la Argentina sobre legislación del trabajo y luego de más de dos décadas de docencia, “no creía que en Venezuela pudiese hacerse un libro así, metódico en el plan y rebosante de información”.

Le confiesa que “creía difícil compendiar la materia” y que Usted Presidente le demostró lo contrario. Parco y tacaño como lo era Unsain en materia de elogios, no omite, sin embargo, su sentencia: “De lo que conozco [Caldera], su libro es lo mejor. Puede Usted sentirse satisfecho y espero que en su país le estarán agradecidos por haberlo servido a la medida”.

El tiempo mortal apremia, Presidente. No es el tiempo sin tiempo, ese del que Usted dispone ahora. De modo que, para sintetizar su hacer y el motivo de su humano recorrido, cabe declare que Usted se entregó a Venezuela sin prevenciones egoístas. Ata al destino de ella hasta el destino de su propio hogar. Sacrifica incluso su salud y sosiego. Todas sus horas las ocupa en la lucha por el bienestar de todos y cada uno de los venezolanos, en quienes omite diferencias y nos ataja en la indiferencia; porque todos a uno somos merecedores de su atención, de su trato considerado y respetuoso.

Ha pocos meses, bajo el peso de su larga enfermedad, con el hilo ya débil de su voz le escuché decirme, corajudo, que de no estar atado a la silla de ruedas su brega por el país continuaría. Debo decirle, mi querido Presidente, que no deja de luchar siquiera en esta hora nona, porque su siembra no cae en tierra infecunda.

Su amor por la libertad en dignidad y por pacificarnos a los venezolanos, sin arredrarse ante las traiciones, es la igual pasión, Presidente, que hoy tiene su pueblo, al sostener en medio de muchos

peligros y de las acechanzas del poder arbitrario la experiencia democrática civil que Usted nos lega.

Miramos el porvenir con el mismo ánimo que tiene Usted, Presidente, durante su ruta desde San Felipe hasta Caracas, tomado de la mano de su madre adoptiva, doña María Eva Rodríguez de Liscano, quien lo recibe y le abraza de nuevo en el día de la Navidad.

Querido Presidente,

He escrito recién sobre su vida y obra como gobernante. Apenas pude contarle acerca de la empresa que me impuse para saciar su angustia; esa que no pocas veces nos trasmite a quienes tuvimos el privilegio de ser sus colaboradores, como lo es sostener la memoria ideológica de la República civil y democrática que construyen junto al pueblo venezolano, Usted, Rómulo Betancourt y Jóvito Villalba.

Hubiese querido leerle alguna de mis páginas en respuesta a su reclamo, para saciarlo en su legitimidad; para que en nuestro acervo como nación no se olvide el duro y largo tiempo de construcción que ocupan Usted y sus compañeros de generación para modificarle el perfil agreste a la República de cuarteles que se nos instala por sobre la gente desde principios del Siglo XX.

Pocos saben o recuerdan la tierra de analfabetas, endémica y de letrinas que los miembros de su generación encuentran y superan, y que al rompe, cambia para ser otra, y para disfrutar de la libertad al calor de instituciones democráticas a partir de 1958.

No he de repetir circunstancias que Usted conoce mejor. Si el tiempo lo hubiera, pudiese hablarle de su participación en los ideales del 18 octubre –apostando por el voto universal, directo y secreto de los venezolanos– o del momento cuando el maestro Rómulo Gallegos, todavía Presidente, le confía que “el hombre de presa acecha”. Le cuenta que la República Militar vuelve a las suyas para apagar el sueño de libertad balbuceante.

Nada que decir y todo que decir acerca de su contribución vertebral para la fragua y consolidación de la democracia, a través de su mayor obra de ideales y de afectos, el Partido Social Cristiano COPEI; que entiende como un movimiento nacional para la afirmación y desarrollo de la democracia desde los valores éticos, como estado del espíritu y vehículo para la realización de la justicia social. Nada que agregar, Presidente, sobre su defensa de la invocación de Dios en el pórtico de la Constitución de 1947, que se anticipa a la Constitución alemana de 1949 –hecha sobre el Holocausto– para declarar como razón de la Nación “la libertad espiritual, política y económica del hombre, asentada en la dignidad humana”.

Con firmeza de convicciones Usted no le ofrece habitáculos a la dictadura, sean cuales fueren sus signos. Es ejemplar la decisión que toma junto al COPEI de no participar en la mascarada constituyente de 1952. Tanto como no está de acuerdo, debo confesarlo desde lo íntimo, con favorecer la mascarada constitucional de 1999. Pero así como la satrapía de la década militar perezjimenista tiene su término, todos los intentos por reeditarla lo tendrán.

No debo omitir, Presidente, su observación en cuanto a que los pactos hechos desde el exilio o desde adentro para el restablecimiento de la democracia –antes de 1958 y muy importantes– son testimoniales, a pesar de la autoridad de quienes los firman, entre ellos Usted. Y es que la insurgencia del 23 de enero, como nos lo recuerda, “fue un verdadero estallido colectivo”. La formalidad de los acuerdos es necesaria –nos lo dice– de cara al mundo externo y para indicar que el fin de la dictadura no implica un salto al vacío, o la instauración de la ingobernabilidad. Pero el pacto, por sí solo, de nada vale si no se confunde con el pueblo y éste lo asume como propio para la acción.

Es célebre su apuesta en los días posteriores a la caída de la Dictadura, cuando la izquierda brinda “a la unidad” y Usted brinda “a la Patria”. Entretanto la izquierda, pide unidad y un candidato único fuera de los partidos, y Rómulo, Jóvito y Usted, apuestan por la diversidad partidaria.

EN LAS EXEQUIAS DE RAFAEL CALDERA

Pactan por la unidad, pero para la defensa de la libertad y el sostenimiento de la democracia. Unidad en la diversidad que hace posible y obliga al bien supremo al que Usted le canta desde La Rábida: el diálogo, que reclaman muchos cuando “son minoría, pero lo ignoran cuando son mayoría”.

En Betancourt, su socio de hornada, he recordar a propósito suyo, que él se hace su amigo y Usted es su leal amigo, Presidente. Pero también, de conjunto, situados uno en la llamada “izquierda criolla” y Usted sobre la universalidad de la ética demócrata cristiana, entienden —lo digo con las palabras de Rómulo— que el mayor desafío para Venezuela es sacar de raíz la saña de “caínes” que prende en el espíritu de nuestros políticos desde el más lejano amanecer.

Usted da el ejemplo. Luego de combatir con acritud a los comunistas desde los años de López Contreras, les tiende su mano limpia en 1958. Gustavo Machado y Pompeyo Márquez no firman el Pacto de Punto Fijo, pero sí acompañan y defienden públicamente sus propósitos.

Si de estos propósitos —otra vez necesarios— cabe una síntesis, Usted la hace al recordarnos que “la libertad política, en sus aspectos fundamentales, involucra el derecho a pensar, a actuar, a desarrollar la propia personalidad... y a ventilar las disidencias dentro de los cauces que señalan la moral, el ordenamiento jurídico y las necesidades de la convivencia social”.

Son éstas las premisas que nutren el corazón del legado que su generación deja para las generaciones del porvenir y que Usted cuida como albacea más allá de la vida física de sus compañeros de brega. Me refiero a los paradigmas de la Constitución de 1961, suscrita incluso por algunos personeros que luego aplauden al soldado quien la decreta “moribunda”, haciéndole espacio, sobre los hombros de la traición civil, a una suerte de reedición esta vez populista de la vieja República Militar.

distinto. No es menos exigente que el tiempo vivido por Usted, en sus prolegómenos como forjador de nuestra civilidad.

Entre tanto, Presidente, puede irse con la seguridad de que los venezolanos forjados dentro de la democracia, y demócratas a pie juntillas, no le daremos tregua al desaliento. Nos sabemos “sin derecho —como Usted nos lo enseña en *Moldes para la Fragua*— a parar por más tiempo el reloj en la espera del destino común”.

Pero camino nuevo y de elevado privilegio, mi querido Presidente, es el que se gana Usted con creces en esta hora, de manos de la Virgen María y de su Hijo, nuestro Padre.

Ha sido Usted el regente de la República durante una década de su vida y de nuestra vida como Nación. Dos lustros en los que la voluntad popular lo unge para ejercer la presidencia de todos los venezolanos. Tres mil seiscientos cincuenta días de afirmación sin desmayo, que realiza en dos etapas signadas, cabe recordarlo, por la austeridad. Lo hace en momentos de sequía material, pero abonados por su amor profundo a Venezuela.

La siembra en la carestía da frutos buenos. Ello es motivo de honda reflexión. En un sólo año de su primer quinquenio, Usted deja a los más necesitados dentro de los necesitados tantas casas dignas como las que construye el país botarate a lo largo de la última década, primera del siglo XXI. Es una muestra que carece de relevancia a la luz del motivo que nos congrega alrededor de sus restos y en el que todo cede, para abrirle espacio a lo trascendente. Pero es una muestra.

En lo interno, Usted instituye como gobernante, a contracorriente, situado más allá de su minuto, la “promoción popular”; para que el país deje de ser Estado o República de gendarmes, o mera República de Partidos, y para hacer del país expresión viva del protagonismo de su gente.

Afirma al país sobre la idea del nacionalismo democrático, el desarrollo democrático, que preserve los modos esenciales de nuestro

ser colectivo, pero sin el complejo de los países que dudan de su dignidad nacional. De allí que en lo externo, guiado por su tesis de la Justicia Social Internacional, le abra senda constructiva a la inserción de Venezuela en el mundo —como nación pequeña, modesta, pero consciente de sus fortalezas espirituales— y nos inserte en el apasionante desafío de la integración andina.

Son memorables sus palabras dichas ante el Consejo Permanente de la OEA en 1970: “Más grave que una mentalidad imperialista en los países desarrollados, es una mentalidad colonialista en los países en vías de desarrollo”.

En su segunda jornada presidencial hereda una realidad hecha rompecabezas, al borde de la violencia social. Median un cambio histórico —e incluso universal al Occidente— de magnitudes todavía inapreciables, y el fenómeno de la movilización crítica de los venezolanos, que es el producto no de lo actual sino del esfuerzo educativo de la democracia civil.

Usted, con serenidad, sin caer en las provocaciones, sin darle habitáculos a lo inmediato, ofreciéndole al tiempo su tiempo y su justa dimensión dentro del tiempo largo de toda República, arma el rompecabezas otra vez como en su primer Gobierno, con el cemento de la paz.

Menguada y sin prestigio la institucionalidad republicana, quebradas las finanzas nacionales, dividida la milicia, debilitada la palanca del petróleo, “muertos los afectos” que hacen posible a la República civil, no obstante la convivencia se sostiene durante su último mandato. No corre a borbotones y por estas calles —en los términos de ahora —la sangre de Juan Bimba, ni este mengua en su dignidad humana. La cultura de la protesta la asume Usted sin temores. La interpreta como necesaria para que el país reencuentre su rumbo o, mejor, para que logre discernir sobre su cambio necesario y se prepare para el milenio que entonces golpea sobre nuestras narices: ese que otra vez, por un sino de nuestra historia,

nos lo retardan como a principios del siglo XIX y del siglo XX las fuerzas de la disolución o el gendarme innecesario.

La paz, que no se alcanza sin justicia social, tal y como Usted lo predica desde su primer viaje juvenil al Congreso de Estudiantes Católicos celebrado en Roma, en 1933, es la paz por la que Usted aboga en 1960, cuando desde su curul de Presidente de la Cámara de Diputados intima a Fidel Castro para que cese en los fusilamientos de su pueblo y tras el engaño de una Revolución que se dice redentora del mismo pueblo.

Negado a las conveniencias de momento, es la misma paz que como norte explica su tarea de pacificación y la incorporación a la vida democrática de quienes, siguiendo el ideario del dictador cubano, toman el camino de la violencia armada. Es la misma idea de la paz que nutre el esfuerzo que Usted aborda al final de su vida y como hombre de Estado, para reconciliarnos como país luego de los trágicos sucesos militares de 1989 y de 1992.

Se trata de una tarea pacificadora que al momento de realizarse y a diferencia de la acometida durante primer gobierno, la comparte sin reservas toda la Nación, que ahora sufre de amnesia en medio de su tragedia. Todo el espectro partidario del país, los medios de comunicación social, los candidatos a quienes Usted vence en la justa comicial de 1993, la Iglesia Católica a la cabeza y como peticionaria, y hasta la víctima de los golpes de sangre ocurridos entonces, el presidente Carlos Andrés Pérez, y su sucesor, Ramón José Velásquez, acompañan las medidas de gracia orientadas a la reconciliación nacional.

La humana gratitud se hace presente durante su labor pacificadora posterior a 1969, mas el espíritu cainita es el signo que domina luego de su segunda jornada pacificadora. Pero ello no le resta valor a la ejemplaridad histórica de su conducta, coherente, fundada en los principios.

Nadie puede regatearle, querido Presidente, que en su acendrada formación de cristiano católico y por hacer de su credo guía y testimonio durante la generosa vida que le otorga el Creador, Usted pone de lado la impostura. Sostiene los valores permanentes de la democracia en las horas de mayor adversidad, así como combate de manera frontal a los negadores del hombre, vengan de la fuente totalitaria o de las aguas del socialismo real y marxista. Entiende bien que la democracia no se niega, antes bien se afirma en la idea de la tolerancia en la convivencia .

Como gobernante demócrata cristiano, Usted no le abre las puertas a los Estados cuyos gobiernos son cuna de la satrapía, sino a los pueblos que son sus víctimas; de allí su tesis, de arraigada tesitura democrática e inspiración en el magisterio eclesial, sobre el pluralismo ideológico y la justicia social internacional.

Mi querido Presidente:

Luego de más de noventa años de fecunda entrega a Venezuela y a los venezolanos, objetos preferentes e indiscutibles de su afecto; en prueba de que sus enseñanzas logran desbordar como río generoso y hacen fértiles los terrenos que a su paso éstas encuentran, lo despido por lo pronto, en nombre de todos los aquí presentes y del país que sigue su ejemplo. Y así lo hago, mi muy querido Presidente Rafael Caldera, apropiándome del verbo de su hijo Rafael Tomás, para dejar cuenta concreta y lograr una síntesis de su existencia ejemplar:

“La búsqueda de la verdad, lejos de constituirse... en motivo de aislamiento e indiferencia hacia los demás, se hace [en Usted] ejercicio de caridad... Como dijera San Agustín, sabe que no se debe entregar al ocio, desentendiéndose de ser útil al prójimo, ni a la acción olvidando la contemplación de Dios”.

¡Descanse en paz el artesano de nuestra paz!

HOMILÍA EN LA MISA EXEQUIAL

*Mons. Jorge Urosa Savino
Cardenal Arzobispo de Caracas*

“El que cree en Mí, aunque
haya muerto vivirá”
(Jo 11,25)

*Queridos amigos y amigas, hermanos
en Nuestro Señor Jesucristo:*

Con vivos sentimientos de profunda fe en Cristo resucitado, estamos celebrando esta Santa Eucaristía por el eterno descanso del alma del Dr. Rafael Antonio Caldera Rodríguez, ex Presidente de la República. Además del afecto por este insigne venezolano, nos congregan aquí la fe y la esperanza en la resurrección de los muertos, la fe en el inmenso amor de Dios manifestado en Cristo, que nació en Belén para ser nuestro redentor por su pasión y muerte en la cruz, y para abrirnos con su resurrección las puertas del cielo.

Creemos en Cristo resucitado

Acabamos de escuchar el bellissimo diálogo entre Jesús y María, en el cual quiero destacar estas alentadoras palabras: *El que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá (Jo 11,25).*

Mis queridos hermanos: la muerte es algo ineludible para todo ser humano, inclusive para personas que, como el Dr. Caldera, hayan ocupado cargos y posiciones de la mayor relevancia en la historia y en el mundo. La existencia humana es un viaje dramático a través del tiempo, cargado de dificultades, problemas, tragedias, y marcado siempre por las consecuencias del pecado original, entre ellas,

la presencia del mal, y la ineludible coyuntura de la muerte de cada persona.

Por ello es tan relevante, tan hermosa, tan alentadora, la conmemoración del nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo, que estamos celebrando en estos mismos días. Porque aquel Niño que nació en Belén es el Dios humanado, el Verbo eterno de Dios hecho hombre, para nuestra salvación. El vino al mundo para derrotar al reino de mal, para romper las cadenas del pecado, para vencer la muerte con su muerte y resurrección, para abrirnos a todos nosotros el horizonte de la eternidad. Su reino no tendrá fin. Y El nos invita a cada uno de nosotros, a todos los seres humanos, a formar parte de su reino de la verdad y de la vida, de la santidad y la gracia, de justicia, de amor y de paz.

Precisamente ese horizonte, real, cierto, auténtico, es el que Jesús presenta a quienes creemos en El: “todo el que vive y cree en mí, no morirá para siempre”. Poco después de haber dicho esas palabras, Jesús las confirmó con los hechos. El, que había dicho: “yo soy la resurrección y la vida”, momentos más tarde, ante el sepulcro de Lázaro, con voz potente exclamó: “Lázaro, sal fuera”, y lo revivió, para reintegrarlo al calor de su familia.

Oramos por el Presidente Caldera

Creemos en Cristo resucitado; creemos en la resurrección de los muertos. A la luz de estas verdades de nuestra luminosa fe cristiana, estamos orando con afecto en esta sagrada celebración religiosa por el eterno descanso de ese gran venezolano que fue el Presidente Rafael Caldera. Lo hacemos porque sabemos que Dios nos ha creado para vivir para siempre, y lo llamó a ser parte de su reino incorporado a la Santa Iglesia Católica a través de la fe y del bautismo.

Oramos por su eterno descanso, para que el Señor, perdonada la pena temporal en que haya podido incurrir por la fragilidad de nuestra naturaleza humana, lo lleve a gozar para siempre de su

compañía, en unión de María santísima y de los ángeles y santos por siempre. Confiamos en la infinita misericordia de Dios, en su inmenso amor, en su bondad. Y oramos con confianza también porque sabemos de la autenticidad de la fe del Dr. Caldera en Jesucristo, de su confianza en la Divina Providencia, que invocaba y recordaba con frecuencia; porque sabemos de su vida recta, honesta y virtuosa a lo largo de toda su existencia.

Sabemos que él fue siempre un hijo fiel de la Iglesia. Muy joven se incorporó a las filas de la Juventud Católica, y fue durante toda su existencia un hombre de fe viva y de práctica religiosa. Pero además, fue un hombre coherente con esa fe que lo animaba, y que le hacía mantener la serenidad y la entereza en momentos muy difíciles, así como sufrir los embates de su enfermedad en los últimos años con una actitud paciente, con fortaleza y entrega a la voluntad de Dios.

No me corresponde a mí en este solemne acto religioso trazar las líneas de la extensa y fecunda existencia del Dr. Rafael Caldera, y mucho menos analizar su actuación política. Pero sí debo, por su importancia para la paz de Venezuela, resaltar su éxito en el logro de la pacificación a principios de la década de los 70. Es preciso destacar su honestidad a toda prueba, su integridad personal en la vida familiar al lado de su esposa de toda la vida, Doña Alicia. Quiero recordar su fe cristiana y su práctica religiosa constante y auténtica, ratificada en su hermoso mensaje póstumo al pueblo venezolano, su espíritu dialogante y su talante democrático, su apego a la legalidad y a la institucionalidad, su búsqueda permanente del encuentro y el consenso, su respeto por los demás, incluso por sus adversarios políticos, su pasión por la justicia social y por los derechos humanos, especialmente por los derechos de los trabajadores.

Y ¡cómo no resaltar su amor a la Iglesia!, manifestado de manera particular, entre otras cosas, con el apoyo generoso a las obras de ésta en todo el país; su servicio desinteresado como joven abogado, al menos, a una congregación religiosa femenina venezolana;

su afecto y respeto por el episcopado, nunca menoscabado a pesar de las críticas que, en ejercicio de nuestro derecho de hablar sobre la marcha del país, con autonomía e independencia crítica, se hicieron a algunos aspectos del desarrollo del gobierno que presidió.

El Presidente Caldera deja a todos los católicos, más aún a todos los venezolanos, el testimonio de una vida virtuosa, gastada al servicio del bien común, con una intensa vocación de servicio al pueblo. Sé que gozó de la estima y consideración del Papa Juan Pablo II, que lo invitó a hablar en el Vaticano como orador principal en el acto conmemorativo de los 20 años de la Encíclica *Populorum Progressio*, en marzo de 1987. Y recuerdo, como anécdota, que estando yo hablando con el Santo Padre Juan Pablo II en ocasión de la Visita ad Límina de todos los obispos de Venezuela en el año 2002, en medio de nuestra conversación, el Papa me preguntó afectuosamente por el Presidente Caldera.

Conclusión

“El que cree en mí, aunque haya muerto vivirá”.

Al ofrecer nuestras plegarias en esta Eucaristía por el eterno descanso del Presidente Caldera, elevemos nuestros corazones, reafirmando nuestra fe y esperanza en Cristo resucitado y en nuestra propia resurrección.

Acompañemos a su querida familia con nuestras plegarias y nuestra cercanía, para que el Señor les conceda serenidad, consuelo y paz en su aflicción. Y, por intercesión de Nuestra Señora de Coromoto, oremos por Venezuela, por nuestra querida Patria, a la cual Caldera amó con pasión, para que sepamos con decisión y fortaleza encontrar los caminos de nuestro progreso por las sendas de la libertad, la justicia y la paz. Amén.

PARA DESPEDIR A RAFAEL CALDERA

Mons. Ovidio Pérez Morales

Como Obispo, que fue discípulo y amigo del Dr. Rafael Caldera y que también compartió con él en la oración, cuando se acercaba al término de su peregrinación terrena, considero un deber el decir algunas palabras ahora cuando lo despedimos, en la esperanza de reencontrarnos con él en la plenitud del Reino de los Cielos.

Despedimos a un creyente sincero y consecuente, quien, con las limitaciones y fallas características de la condición humana, se esforzó en llevar adelante una vida personal, familiar y pública coherente con su fe cristiana, católica.

Despedimos a un creyente perteneciente al laicado de la Iglesia. A un hermano que entendió bien lo propio de la condición de laico, de seglar, dentro Pueblo de Dios. En efecto, tomó viva y activa conciencia de que su misión como cristiano en el mundo, no se restringía a la vida interna de la comunidad de la Iglesia, sino que debía traducir su fe y su pertenencia eclesial en un compromiso serio, para hacer del Evangelio savia y fermento de un nuevo humanismo, de una nueva sociedad.

El compromiso político de Rafael Caldera se explica desde una sólida y fecunda convicción de fe. Él entendió la política, en su sentido más amplio y genuino, como un ejercicio efectivo y privilegiado del mandamiento máximo del Evangelio: la caridad, el amor. Y entendió la política como un desafío puesto a la responsabilidad ética y religiosa, expuesta a los riesgos y desafíos que la existencia humana, auténticamente asumida, encierra, especialmente en el campo de lo político-partidista y de las tareas de gobierno. No encerró su fe en una torre de cristal, en una caja fuerte, en una sala

protegida contra toda contaminación. Expuso la práctica de su libertad a retos y a fallas, en la arena de la discusión, de la controversia, pero siempre en una perspectiva de servicio.

A los analistas y a los historiadores les queda un trabajo de investigación crítica. A la Iglesia, Rafael Caldera le deja un testimonio de laico que se convierte en invitación a muchos, muchísimos laicos, para que entiendan la fe como motor e impulso de novedad en la sociedad, para hacer, junto con hombres y mujeres de otras confesiones o convicciones, que la libertad y la justicia, la solidaridad y la fraternidad, la unidad en la pluralidad y la paz, no queden como entelequias o simples buenos deseos, sino que se conviertan en compromiso y trabajo concretos para la edificación de una nueva sociedad.

Despedimos a un venezolano, que desde su fe, procuró ser un ciudadano servidor de la patria, constructor de democracia, respetuoso del pluralismo político, agente de justicia y de fraternidad.

En momentos en que Venezuela urge de encuentro y de paz, estamos seguros de que Rafael Caldera desde el Cielo intercederá por esta nación, para que sea de veras hogar para todos los venezolanos, casa común acogedora de todos los hombres y mujeres de buena voluntad, ya nacidos aquí, ya venidos de otras tierras. Una Venezuela en donde nos sepamos entender, soportar, respetar y ayudar para amasar una convivencia a la altura de personas, de seres humanos hijos de Dios.

Podemos estar seguros también de que el hermano Rafael está escuchando allá arriba las palabras que leemos en el Evangelio de San Mateo, cuando describe el Juicio Final: “Bien, siervo bueno y fiel; en lo poco has sido fiel, al frente de lo mucho te pondré; entra en el gozo de tu Señor” (25, 21).

ANTE LA TUMBA DE MI PADRE

Andrés Caldera Pietri

Tengo el honor de agradecer en nombre de la familia Caldera, especialmente en el de mi madre, Alicia Pietri de Caldera, las numerosas manifestaciones que hemos recibido de compatriotas venezolanos y amigos extranjeros, con motivo de la despedida de este mundo de nuestro padre y líder.

Especialmente quiero agradecer a Eduardo Fernández y todo el equipo del IFEDEC, María de Guzmán y su hija Lucía, Virginia Rivero, Williams López y Enrique Mendoza por el apoyo prestado en la realización de las exequias; a Asdrúbal Aguiar, su Eminencia el Cardenal Jorge Urosa, sus Excelencias los Obispos Ovidio Pérez Morales, Nicolás Bermúdez y Fernando Castro, al padre Ignacio Castillo S.J. y a este coro de jóvenes, orgullo y esperanza de Venezuela, que seguidamente entonarán el himno nacional, para rendirle los honores que le corresponden como Jefe de Estado.

Rafael Caldera amó a Dios y amó a Venezuela.

Si hay algo que lo distinguió desde muy joven fue su profunda fe en la Providencia. No una fe “beatucona y rezandera” —como nos dijo a los graduandos del Colegio San Ignacio en el año 71— sino una fe sólida y robusta, propiciada por sus maestros jesuitas, que no dio, en sus noventa y tres años de vida, tregua a la lucha ni lugar a la cobardía. Su fe fue del mismo tamaño de la fortaleza de su carácter y de su tenacidad indoblegable. “*Dios es más grande que un chaguaramo*” —repetía con frecuencia.

Fue ahora, al final de su vida, que la enfermedad incurable del Parkinson lo llevó a mantener un reposo obligado, después de una

vida de incesante trabajo, sin vacaciones, cuyo único disfrute era escaparse en los viajes que realizaba siempre en ocasión de conferencias y seminarios, a conocer nuevos lugares y admirarse con las maravillas del mundo, o cuando podía sumergirse en los días santos en la belleza de la Gran Sabana.

Desde muy joven adhirió el pensamiento social de la Iglesia y ya a los veinte años estaba redactando la que habría de ser la primera ley que protegería a los trabajadores venezolanos, con los que fue consecuente y solidario después, toda su vida, como universitario, académico, político o legislador.

Los postulados de las Encíclicas Papales lo llevaron a una vida de servicio en la política, lejos del afán de acumular riquezas, dando el testimonio de un cristiano entregado a su pueblo, comprometido con la esperanza de los grandes sectores populares.

Su permanente defensa, por lo demás, del concepto de *justicia social internacional*, que lo desarrolló él mismo a partir del principio de justicia social, lo llevaría a exponerlo en los más importantes escenarios del mundo, lo cual reconocería Su Santidad Juan Pablo II al distinguirlo como orador central en el Vaticano, en la conmemoración de los veinte años de la Encíclica *Populorum Progressio*.

Pero su amor a Dios fue de la mano con su amor a Venezuela.

Así como dio en su vida el testimonio de un católico al servicio de la política, también dio el testimonio de haber sido un venezolano integral, “*hecho cien por ciento en Venezuela*” —como él solía decir—, que si llegó a hablar varios idiomas y recibir Profesorados y Doctorados Honoris Causa de más de cuarenta universidades en el mundo, lo hizo sin haber vivido nunca fuera de Venezuela.

Recorrió la geografía venezolana de norte a sur y de este a oeste varias veces, y conocía sus más pequeños rincones, donde recordaba a la gente por su nombre y apellido, haciendo sentir cercanos a sus seguidores y colaboradores.

A lo largo de mi vida siempre me he encontrado a gente que me preguntaba por él con cariño, que lo recuerda con mucho afecto y que testimonia su presencia en los momentos fundamentales de miles de familias venezolanas. “Tu papá estuvo en el entierro de mi padre” o “llamaba a mi abuela en el día de su cumpleaños” o “siempre recibíamos en casa su tarjeta de Navidad” o “qué linda la carta que nos escribió con motivo de la muerte de mi mamá...”.

Detallista, minucioso, cumplido, sin permitirse a sí mismo dejar una carta o una llamada sin respuesta, él supo siempre corresponder con puntualidad el afecto y la solidaridad que tantos venezolanos le demostraron en su vida.

Él quiso para Venezuela la “República Civil”, como acertadamente se ha llamado a los cuarenta años contados a partir del Pacto de *Puntofijo*.

Luchó por y fue fiel a la creación y sostenimiento de un Estado de Derecho, respetuoso de las Instituciones y las libertades ciudadanas.

Le correspondió gobernar dos veces en minoría parlamentaria y con bajos precios de petróleo, “*cachicamo trabaja pa’ lapa*” —decía— y dio siempre testimonio de tolerancia y capacidad para el diálogo, de sujeción a las normas y respeto al adversario.

En el año de 1994, cuando el país hubiera aceptado, porque lo pedía, que diera un “*Calderazo*”, al estilo peruano de Fujimori, y convocara a elecciones para elegir un nuevo Congreso que le permitiera gobernar con mayoría, se negó por ser contrario a sus principios y a su posición de toda la vida.

Luego, en 1999, quizás pocos recuerden que su voz se alzó para oponerse al referéndum convocante a la Constituyente, por considerarlo violatorio de la Constitución del 61 al no tener ésta previsto ese procedimiento, y obligando a su previa reforma para poder dar ese paso.

Dentro de la más absoluta legalidad procedió como Presidente a tomar las acciones para la pacificación civil del país en su primer Gobierno, y para la pacificación militar en el segundo.

Para él, como aquellos que conocieron de sus padres y maestros los horrores de la guerra, no hubo aspiración mayor que la paz civil y militar para el pueblo venezolano, como camino para encontrar el desarrollo y la justicia, en estabilidad y concordia.

Ejerció con dignidad y firmeza la jefatura de las Fuerzas Armadas y propició la elevación de su capacidad y preparación, pero manteniendo siempre su condición de apolíticas y no deliberantes, sujetas al orden constitucional y no al servicio de una persona o parcialidad política.

Él confió en la madurez democrática del pueblo venezolano y, sin embargo, adelantándose a lo que podría ser la decisión presidencial del año 98, propuso que se realizara un debate sobre los 40 años de democracia. Quería que el país analizara a fondo, en sus más variados círculos sociales, los logros y errores de la etapa más larga de gobierno civil y democrático en la historia republicana, ante los candidatos de corte *antipolítico* o *antisistema* que parecían estar seduciendo al electorado y deslumbrándolo con ilusiones utópicas.

El país no escuchó su propuesta y tomó su decisión libre y democráticamente, sin meditar en lo que sería la vuelta a los caudillos mesiánicos, de los cuales está llena de esperanzas perdidas nuestra historia.

Pienso que esta vez, después de la dolorosa experiencia sufrida, hayamos aprendido definitivamente la lección.

Si hay algo que caracterizó en toda su vida la actuación de Rafael Caldera, y pueden asegurarlo incluso quienes fueron afectados negativamente alguna vez por sus decisiones, es que, si pudo equivocarse, siempre las adoptó en función de lo que él consideró conveniente para los intereses del país, lejos de pasiones o intereses secundarios o mezquinos.

“*Las manos limpias de Rafael Caldera*” dieron testimonio de probidad y honradez en el manejo de los asuntos públicos. Ante esta etapa de nuestra vida republicana, en que parecen haberse arriado las banderas de la ética, la transparencia y la rendición de cuentas, este testimonio cuenta todavía más.

La historia le hará justicia, cuando amengüen las pasiones de esta hora difícil de nuestra Patria.

Dos veces electo Presidente por la voluntad del pueblo, este civil por excelencia, profesor universitario, académico, jurista y político, regresó a su casa *Tinajero*, después de haber ejercido el poder, a su misma vida de siempre, al lado de su adorada Alicia, con quien compartió más de sesenta y ocho años de matrimonio, llevando una existencia plena y prolífica, vivida con el espíritu de lucha y el optimismo de un adolescente, hasta que la enfermedad incurable logró doblegar poco a poco y no sin facilidad, su voluntad de hierro.

Querido papá:

No termino estas palabras con el consabido “descanse en paz”, porque sé que si bien tus restos encuentran hoy, en la tierra venezolana que tanto amaste, el descanso de la larga agonía que sin el menor asomo de queja o protesta llevaste estos últimos años, tu espíritu, que ya voló a la eternidad, continuará infatigable, al lado de la mayoría de este pueblo venezolano que rechaza la vía del pensamiento único y de un modelo político fracasado, ayudando a encontrar el camino eficaz para la defensa de las libertades conquistadas y a las que se acostumbró a vivir en esos cuarenta años transcurridos a partir del Pacto de *Puntofijo* y por los que entregaste tu vida, como otros líderes venezolanos íntegros, con la sinceridad nacida de lo que fue para ti “*un compromiso para toda la vida*”.

Mil gracias nuevamente a todos y cada uno de ustedes. Para toda la familia Caldera su presencia y solidaridad es invaluable.

ÍNDICE

Presentación.....	5
Despedida. <i>Rafael Caldera</i>	7
Mensaje. <i>Rafael Caldera</i>	9
Epístola. <i>Asdríbal Aguiar</i>	17
Homilía en la Misa exequial Cardenal <i>Jorge Urosa Savino</i> , Arzobispo de Caracas ...	33
Para despedir a Rafael Caldera Mons. <i>Ovidio Pérez Morales</i>	37
Ante la tumba de mi padre <i>Andrés Caldera Pietri</i>	39